



Año I

Núm. 16



SUMARIO

Impresiones de un extranjero: Las comodidades en los ferrocarriles, por *Mario Güemella*.—La Exposición canina.—Nuestros cazadores: D. Julio Cabezón.—Un libro notable: Obra práctica de cultivos agrícolas.—Crónicas de caza, por *Erre*.—Cazando avefías, por *J. Morales de Peralta*.—Junto a la hoguera: Venganza gitana, por *Guillermo J. Athy*.—De pesca.—Sacristán irrespetuoso ó una liebre inoportuna, por *M. Morales*.—Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.—Noticias.—Cazaderos.

(No se devuelven los originales.)

IMPRESIONES DE UN EXTRANJERO

Las comodidades en los ferrocarriles

Soy un extranjero transportado á España por obra y milagros de la aviación.

Un mi querido amigo me trajo por los aires. Su magnífico aparato hizo *pain y... cata-plún*, tuvimos que aterrizar, cosa que resultó *un pan como unas hostias*, pues aquí me dejó mientras reparaban la avería, y aquí me encuentro sin ganas de volver á mi país natal.

En el corto espacio de tiempo que llevo en la corte he podido enterarme que esto es un paraíso más ó menos terrenal. Todos viven contentos y satisfechos. Aquí no hay caciquismo, impera en todos los órdenes sociales la más estricta justicia, cada cual ocupa el puesto que merecen sus títulos de laboriosidad y honradez, los impuestos no son exagerados, al contrario, se transforman y se administran de una manera equitativa y justa; la política ocupa un lugar muy secundario: puede decirse que no existen partidos, todos van á una. No hay disturbios ni revueltas, la paz es octaviana, se vive en el mejor de los mundos; de las diputaciones, concejalías y demás cargos puramente honoríficos no se saca nada en limpio, ni se medra, al contrario, se da dinero para conseguir uno de esos pue-

tos, por verdadera misantropía, por servir á la patria, por administrar bien los intereses nacionales.

Aquí no se engaña al obrero con falsas predicaciones, ni se le hace objeto de explotaciones para que vivan á su costa unos cuantos frescos y haraganes.

No existen diferencias de clases ni castas: todos son para todos. El favoritismo, la injusticia, la política, el caciquismo, el medro personal, confundible con el robo, y otras muchas miserias y bajezas de la vida no se conocen en España. Todos viven contentos y satisfechos.

Para comodidades y *confort* Madrid, que es la capital de ese paraíso, cuyas calles y plazas, edificios y solares son higiénicos, amplios, y sus habitantes aseados y correctos. Jamás perderá su hidalguía castellana. Solteras, viudas y casadas salen solas por esas calles y paseos, sin que escuchen frases soeces ni de mal gusto y sin que nadie las piropee ó se propase en lo más mínimo.

Los medios de locomoción son infinitos, cómodos é higiénicos.

Aquí se respeta la veda, no se devastan los campos, no se cogen ni se destruyen los nidos, no se utilizan lazos, perchas ó alares ni procedimientos chuchereros para aniquilar las especies objeto de la afición cinegética.

La influencia y el favoritismo, como dije antes, no inclinan en uno ó en otro sentido la balanza de la justicia.

El bien de todos es el de la Nación; constituyen los habitantes una gran familia.

Soy muy aficionado á la caza y quise enterarme de los procedimientos que se utilizan en España para efectuarla y de los medios de transporte al cazadero, y fui presentado á un veterano cazador que me invitó á una cacería.

Adquirí los pertrechos necesarios, y desde un punto céntrico de la corte, donde tengo mi domicilio, me dirigí de madrugada por esas calles, sin encontrar un solo vehículo que me condujera á la estación, pues en el tranvía no me admitieron con perro y escopeta.

Pregunté á guardias y barrenderos, únicas personas que encontré á mi paso, que fueron indicándome plazas, calles, plazuelas y paseos públicos que me condujeran á las afueras que tiene Madrid, donde encontré una modesta estación ferroviaria, muy decentita, pero muy reducida, llamada, según pude indagar, del Niño Jesús ó de Madrid á Arganda.

Había madrugado demasiado, pues la más triste soledad reinaba por aquellos lugares; ni un solo ser viviente, persona ó animal, turbaba aquel silencio digno de un cementerio.

Una anchurosa, vamos al decir, sala de espera se encontraba abierta y en ella penetré. Un frío intenso, glacial, era el solo habitante que encontré en aquel local.

Los minutos transcurrían con desesperante lentitud; por fin vi aparecer la figura de un guardia con casco y capote, luego entró un empleado, luego un mozo de cuerda y así sucesivamente surgieron otras personas que una detrás de otra se colocaban delante de un reducido ventanillo que abrió sus puertas minutos antes de la hora de la salida del tren.

Llegué el primero, pero me gritaron: «¡Á la cola!» y me coloqué el último.

Nuevos sudores é inquietudes, hasta que me dieron un cartoncito al que me le quitaron un pedazo. En este momento llegó mi compañero de excursión, adquirió su billete y juntos no trasladamos al andén.

El ferrocarril era de vía estrecha; parecía de juguete. Nos instalamos en un coche de tercera, mejor dicho, en un departamento de uno de estos coches, donde comenzaron á entrar hombres y mujeres de rústico aspecto, cargados con líos, cestas, maletas, mantas y artefactos, que colocaban sobre los asientos y debajo de ellos.

Los viajeros escupían, fumaban y arrojaban los restos de sus meriendas dentro del coche y armaron una trapatiesta monumental porque metieron un calorífero que no permi-

tía colocar más que los pies de cuatro personas; pero como íbamos diez, los no favorecidos protestaron y comenzaron á repartirse golpes y más golpes, uno de cuyos argumentos me puso un ojo del tamaño de una camuesa por *camueso* y querer intervenir en la reyerta, á la que puso término la presencia de la guardia civil.

Sonó un pito, luego una campanilla, después un cuerno ó bocina y, por fin, se oyó otro pito más potente y el tren dió una brusca arrancada que nos hizo caer unos sobre otros á todos los viajeros.

Al poco rato entró un empleado y me quitó otro pedazo del cartoncito, no sin mi protesta, pues me había costado el dinero.

Mis compañeros de viaje se reían de mi indignación, y acabé por avergonzarme, y para disimular mi sonrojo me asomé á la ventanilla y recibí en la cara una menuda y templada *lluvia*, que me sorprendió pues el día estaba claro. Traté de indagar el motivo de aquella ducha y vi que desde el interior del departamento inmediato *hacia aguas* un ciudadano, y me envolví en mi capote, no sin antes cerrar la ventanilla.

El coche parecía un barco de vela corriendo un fuerte temporal; tales eran los saltos y tumbos que daba.

Fuimos deteniéndonos en dos ó tres estaciones; tuvimos que esperar un cruce, y cada vez que el tren se ponía en movimiento se repetía la brusca arrancada, que nos hacía saltar de nuestros asientos.

Me fijé en una de las paredes del departamento; había una especie de cajoncito cubierto por grueso cristal, á cuyo través se veía un timbre que mi acompañante me dijo que era para caso de alarma y que para utilizarlo había que romper el cristal, operación difícil si no se disponía de un objeto contundente.

Llegamos á nuestro destino y descendimos del tren; nos salió al encuentro otro empleado, quien, sin pedirme permiso, me quitó la mitad del billete. ¿La habrían tomado con mi cartoncito?

Y ahora debiera referir mi excursión cinegética; pero lo dejo para otra ocasión.

Terminada la cacería, volvimos á la estación, así se llamaba un pequeño edificio sin comodidades de ningún género, á excepción de una estufa al rojo cereza que nos hizo quedarnos en mangas de camisa para poder soportar el calor asfixiante que se sentía en tan reducido local.

El jefe de estación se encontraba tocando

la bandurria y de vez en cuando atizaba la estufa con cargas de carbón.

Un rústico habitante de aquellos lugares me dijo que el referido artefacto de calefacción servía de cocina, pues en muchas ocasiones había visto colocados los pucheros y cierto día se asó un pavo para solemnizar una fiesta onomástica.

Los retretes están al aire libre y no hay ser humano ni de los otros que penetre en ellos, sobre todo en los días de invierno.

Llegó el tren, nos vestimos y vuelta á navegar en un coche de tercera, sin luz y mal oliente; vuelta á quitar trozos del trozo de cartón que me quedaba hasta llegar á la estación de partida, donde se quedaron con los últimos restos de mi billete.

No había ni un solo coche de punto, la oscuridad era completa, el terreno intransitable, pues estaba lleno de lodo, y no tuvimos más remedio que instalarnos en un voluminoso coche que llamaban de la Central.

Allí acudieron viajeros y más viajeros, y los que no encontraban asiento se sentaban sobre nosotros, pues en el suelo se colocaron otros más madrugadores que ellos.

El coche, con grandes trabajos, se puso en movimiento; pero como aquella masa humana y la enorme masa de lfos, maletas y enseres que transportaban algunos viajeros arrojaban un peso superior al que las caballerías podían arrastrar, el vehículo quedó embarrancado en el cieno y algunos viajeros tuvimos que descender y resignarnos á ir á pie, salvando una distancia respetable hasta encontrar un coche que nos llevase á nuestro domicilio.

Cuando al siguiente día referí lo ocurrido, me dijeron que algo análogo pasaba en otras estaciones de mayor importancia, y que los españoles ya estaban acostumbrados á tales comodidades.

Me recomendaron después que hiciese un viaje por la estación de Goya ó de Madrid á Navalcarnero, que es una verdadera delicia en confort, velocidad y afable trato, y pienso convencerme de ello prácticamente y prometo relatar mi viaje.

MARIO GÜEMELLS

La Exposición canina

Entre los acuerdos tomados por el Ayuntamiento de Madrid y que se han publicado en el *Boletín* de dicha corporación figura el siguiente:

Conceder gratuitamente á la Asociación General de Cazadores de España el competente permiso para celebrar en el mes de Mayo de 1912 una Exposición canina en el Parque de Madrid, siempre y cuando se someta á las siguientes condiciones:

1.^a La Exposición canina se instalará en el Parque de Madrid en los terrenos en que se verificó la celebrada en el pasado año, ó sea en la parte derecha de la Puerta de la Independencia, pero á condición de que en vez de una puerta se construyan dos, una de entrada y otra de salida, con el fin de que el público pueda circular con más desahogo, los días y horas que la citada Exposición no tenga efecto.

2.^a Serán de cuenta de la referida Sociedad todas las obras que se precisen, como asimismo el enarenado de los paseos que lo necesiten, sin alterar las rasantes del mismo.

3.^a Las instalaciones no podrán en manera alguna hacerse dentro de los cuadros, ni molestar en lo más mínimo á ninguna clase de plantaciones.

4.^a Para el cerramiento de la zona dentro de la cual se instalará la Exposición, la Sociedad concesionaria deberá ponerse previamente de acuerdo con la Jefatura del ramo de Parques y Jardines, prohibiéndose terminantemente que los árboles sirvan de soportes.

5.^a La Sociedad de Cazadores se obliga á facilitar billetes de entrada gratuita á las escuelas municipales para que sus alumnos puedan visitarlo, procurando que se verifique en jueves.

6.^a Asimismo se compromete á dedicar el producto íntegro de dos días de la Exposición á las casas de socorro y Beneficencia municipal; y

7.^a Al terminar la Exposición, la Sociedad se obliga á dejar el pavimento donde se celebre en el mismo estado de conservación que se le entregue.



Caza y Pesca

NUESTROS CAZADORES

DON JULIO CABEZÓN

Recia complexión, baja estatura y plenitud de vida son las cualidades de D. Julio Cabezón, uno de nuestros más entusiastas aficionados á la caza.

Madrileño neto, desde muy niño se dedicó á cazar; no en vano aprendió de sus parientes por línea paterna el arte de San Eustaquio, alquerinde verdadero culto.

Realizó notables excursiones cinegéticas en «Las Tajadas», «Arroyo-Molino», «La Carnicera» y «Los Canchales»; este último vedado propiedad de un pariente suyo.

Se dedicó en los pinares de Soria á la caza de reses y entre sus víctimas cuenta un voluminoso jabalí, al que dió muerte realizando un tiro notable.

Cazó aves acuáticas en la Albufera de Valencia, en una tirada á la que asistió S. M. el Rey.

Tiene en arrendamiento en el término de Getafe el vedado conocido por «La Torrejilla», donde realiza fructíferas tiradas á las agachadizas, su caza favorita.

En volatería es un consumado maestro, sin que por esto deje de *afinar* las demás especies de caza.

Pertenece á la Junta directiva de la Asocia-

ción General de Cazadores y Pescadores de España, de la que fué Vicepresidente, y en los concursos de tiro con carabina de precisión verificados por dicha Asociación consiguió una medalla de oro que alcanzó en brillantes series.

Son infinitos los lances, todos ellos afortunadamente sin consecuencias, que le ocurrieron en su vida de cazador. Recordaremos uno de ellos que no deja de tener gracia.

El Sr. Cabezón fué un día á cazar á Manzanares el Real, en compañía de buenos aficionados, y después de penosa jornada llegaron al pueblo de Cerceda.

Se instalaron en una humilde casa y después de cenar se les presentó á los expedicionarios un problema. En la casa no había más que una cama y una cuna, y en la primera se acostaron los dueños de la casa y ofrecieron á los cazadores la segunda.

D. Julio Cabezón dejó á sus compañeros la resolución del problema, y éstos, teniendo en cuenta la poca estatura del señor Cabezón, le cedieron la cuna, que

aceptó resignado, y ellos fueron á dormir á la cocina. Nuestro biografiado se tendió en el reducido lecho, donde no pudo colocar más que la mitad de su cuerpo, y las piernas tuvo que colocarlas sobre una silla que puso de aditamento á la cuna.

Á la mañana siguiente el Sr. Cabezón estaba molido, pero durmió á *piernas sueltas*.



Fotografía J. Mena.

El Sr. Cabezón es un buen amigo y compañero y bien puede asegurarse que muy pocos aficionados habrán conseguido una fama de notable cazador, á pesar de su juventud.



UN LIBRO NOTABLE

Obra práctica de cultivos agrícolas

Nuestro querido é ilustrado colaborador D. Emilio Illá López, notable perito agrícola, cuyos conocimientos en cuestiones de esta índole son de todos conocidos, comprendiendo la necesidad que se sentía en España de una obra útil y práctica que diera á conocer en forma clara y sencilla los cultivos agrícolas, ha publicado recientemente un libro que seguramente servirá de texto en las escuelas donde se practica la enseñanza de dichos cultivos.

Dicha obra comprende un estudio detallado de los cultivos agrícolas y forestales por las distintas regiones de España, la explotación y repoblación de montes y la contabilidad agrícola como complemento.

Es indudable que este trabajo responderá á la necesidad que existía en nuestro país de una obra práctica de cultivos donde no haya que verificar la delicada operación del *extractado*, en cuya operación suele incurrirse en graves errores aun por aquellas personas más cultas, errores que considerados teóricamente son lamentables, pero que llevados á la práctica son de resultados desastrosos, y esto que los labradores ven, constituye una de las causas más influyentes en el atraso de nuestra agricultura, por resistirse luego, y no sin fundamento para ello, á todo lo que indique innovación en sus procedimientos rutinarios de cultivo.

La operación del *extractado* es muy corriente y es necesario practicarla en la mayor parte de nuestros tratados de agricultura para enterarse del contenido de los mismos, y esto es debido á que los autores teorizan mucho sus trabajos, y es muy lamentable que en la agricultura la teoría predomine á la práctica, porque ambas deben ir paralelas, pues como dice un autor, «la teoría y la práctica son hermanas gemelas que no pueden separarse bajo ningún concepto».

Por lo general, los tratados de Agricultura

hasta ahora existentes suelen adolecer de este defecto, es decir, de estar teorizados y por consiguiente su aplicación ser reducida entre los labradores, por no poder asimilar su contenido, debido á la falta de cultura suficiente para poder extraer.

En esta obra á que aludimos se salva este gravísimo inconveniente, donde su autor tuvo el gran cuidado de relacionar perfectamente la teoría con la práctica, y de emplear en su redacción un lenguaje claro y vulgar, al alcance de todas las inteligencias, tratar cada cultivo con gran esmero, mediante la ordenada distribución de las operaciones que comprende cada uno, y en forma tal que el labrador que cumple fielmente lo que en ella se dice, llegará á la última operación con la obtención de los productos en las mejores condiciones posibles.

Ciertamente que esta obra, por la forma en que está escrita y redactada y por la infinidad de cultivos que comprende con todos los adelantos modernos, puede considerarse como de verdadera utilidad pública.

La obra está primorosamente editada, con profusión de grabados y forma un grueso volumen que se vende al precio de 15 pesetas en Madrid y 16 pesetas en provincias.

Entre los ejemplares de lujo que dedicó el Sr. Illá á Ministros y altos funcionarios figura en primera línea uno, encuadernado en piel de Rusia y primorosamente grabado y contenido en rico estuche, que fué destinado á S. M. el Rey, quien felicitó al autor por la obra, que viene á llenar un vacío en las ciencias y artes agrícolas.

Es un estudio completo y detenido de todos los cultivos agrícolas, y expuestos con tal claridad y precisión que están al alcance hasta de los profanos en la materia.

Reciba nuestro distinguido colaborador nuestra más cordial y afectuosa enhorabuena por su notable producción, que sirviendo los intereses de la Agricultura, se sirve á la Patria y se llega á la inmortalidad.





CRÓNICAS DE CAZA

El tiempo ha vuelto la espalda á los cazadores.—El Tiro de pichón de la Sociedad.—Antiguallas de un cazador.—Otro de tantos engaños sufridos por dejarse llevar de la afición.—Propósitos de enmienda, reincidiendo á pesar de ellos en tales decepciones.

El tiempo, amigos cazadores, nos ha declarado la guerra, y si no por la abundancia de las lluvias, que en realidad distan mucho de ser torrenciales, por su constancia que mantiene extraordinaria humedad, por el estado nuboso del cielo en perenne amenaza, es el caso que llevamos más de dos meses, precisamente los mejores para el ejercicio de nuestra afición, sumidos en la más profunda tristeza, sin poder disfrutar de un día espléndido de luz y sol y en la incertidumbre de si sufriremos una terrible mojadura si nos lanzamos al campo.

Esta situación me coloca en grave aprieto para relataros algo de caza, porque, como todos, ó por lo menos la mayor parte, se retraen, faltan novedades que poder referir; y si nunca las tuvieron mis escritos, mucho menos en estos momentos, en que el cazador atraviesa una verdadera crisis en el ejercicio de su afición, por los rigores del tiempo.

* *

En la Escuela práctica de tiro de la Asociación han empezado las tiradas de pichones.

Aunque el mal tiempo es también un obstáculo para la animación de esta fiesta, no han faltado valientes que la celebren, desafiando aquellos rigores.

El local conserva todas las comodidades de que fué provisto el año pasado en que se inauguró á fin de temporada, bajo la inteligente y acertada dirección del director del Tiro, nues-

tro compañero el distinguido aficionado don Joaquín Cayuela.

Me complace en hacer públicos mis plácemes á este amigo, por el interés que entonces demostró y sigue demostrando en favor de la Asociación.

El Sr. Cayuela dedicó tiempo é inteligencia á la instalación del Tiro y organización de las tiradas, cosas ambas que ofrecían graves dificultades por los muchos detalles que habían de tenerse en cuenta y que fueron vencidas con singular acierto, probado más tarde por el orden con que se verifican tales fiestas, no turbado por ningún incidente ni disgusto.

Tengo entendido que en la temporada actual se procurará aumentar los atractivos, haciendo compatibles las tiradas en caja con las de á brazo y en las chapas para que todos puedan divertirse.

El contrato celebrado para el suministro de palomas, problema muy difícil por el precio elevado que éstas alcanzan, permite alguna mayor economía.

Se ofrecerán premios y honores y todo hace creer, y así sea en bien de nuestra Asociación, que hoy cuenta con un Tiro modelo, que los esfuerzos por todos realizados encuentren la compensación que se busca, y es la de proporcionar las mayores distracciones posibles.

Urgentes ocupaciones de nuestro amigo don Joaquín Cayuela le impidieron dar cuenta en nuestra revista de las tiradas de pichón celebradas hasta ahora.

* *

Aunque sean antiguallas de mi vida de cazador, quiero refrescar algunos incidentes que demuestran hasta dónde llega nuestra afición y de lo que es capaz cuando se siente con verdadero entusiasmo.

En la tertulia de cazadores de una ciudad andaluza, la bella Granada, se hablaba á diario de la abundancia de perdices en Sierra Nevada, región de las nieves perpetuas como todos saben. Ponderábase el número de aquellos animales por entonces existentes sin otros datos, como después se verá, que la propia imaginación del cazador, siempre rica en fantasía y dispuesta á creerse de buena fe las mayores exageraciones.

Bien pronto hubo uno de los concurrentes más exaltado que los demás, que abrió banderín de enganche para una expedición de caza á Sierra Nevada y en el mes de Enero.

Se inscribieron hasta cinco individuos, se organizó la partida que había de durar cuatro días, uno para el viaje de ida, otro para el de vuelta y dos de caza; se buscó un mulo que llevase la impedimenta y víveres para aquel tiempo y empezó la ascensión, llenos de esperanza y alegría, sin habernos preocupado de buscar un práctico del terreno y sin prevenir los incidentes que fueron ocurriendo apenas nos internamos en aquellas abruptas sierras.

Enormes tajos cortaban de cuando en cuando nuestro paso y nos obligaban á retroceder, unas veces en busca de sitio accesible y otras á descender como se podía con grave peligro de nuestra existencia.

Por fin, á fuerza de trabajos y fatigas avanzamos hacia las primeras estribaciones de la sierra, ya por completo cubierta de nieve, sin haber encontrado, en las ocho horas que llevábamos de camino, animal viviente alguno ni menos persona humana.

Se divisó á gran distancia una casucha y á ella fuimos á ampararnos, como si hubiera sido confortable hotel.

En tal mísera vivienda sólo se hallaba un enorme mastín encerrado dentro y atrancada la puerta, que abría hacia fuera, con grandes peñones.

Los ladridos y desesperación del terrible can ponían espanto en nuestro ánimo.

Dedujimos, no obstante, que alguien habría encerrado aquel animal y volvería por allí.

En efecto, bien caída la tarde divisamos dos hombres que franqueaban las dificultades del terreno con la agilidad de cabras montesas (así se llama la *capra hispánica* de dicha sierra).

Llegaron á ponerse al habla con nosotros,

sufriendo por su parte la natural sorpresa por la presencia de tanta gente.

Desechados los temores y explicado nuestro objeto, oímos de labios de aquellos desgraciados la confesión de que por allí no había ni una sola perdiz, que únicamente se encontraba alguna muy rara cabra montés, que á esta caza se dedicaban ellos y que llevaban quince días persiguiéndolas sin haber logrado dispararles ni un tiro.

Excusado es decir el efecto que nos produjeron estas declaraciones. Se pensó á seguida en volver á la capital al día siguiente; pero ya no había otro remedio que hacer noche en aquel lugar.

Con la venia de aquellos hombres, que se vieron y se desearon para sujetar al perro y evitar sus furias, penetramos en el recinto murado.

Componíase de una sola y muy reducida habitación, en uno de cuyos testers se encendía la lumbre, sin chimenea ni sitio para la salida del humo.

Nosotros hallamos colocación sentados en piedras que fuimos entrando de los alrededores; pero ¿cómo proporcionársela al macho que llevaba la impedimenta?

No podíamos dejarlo fuera, porque hubiera sido pasto de los lobos, ni entrarlo en la habitación, porque era, aunque poco, más alto que la puerta.

Nos decidimos por elevar el hueco de ésta, derribando de la parte alta hasta llegar al tejado.

Así se hizo y el mulo penetró en la habitación.

Se hizo la cena, que resultó espléndida, porque como ya no habíamos de estar los cuatro días que se calcularon, se consumieron los víveres sin reserva alguna.

Se tendieron después las mantas en el suelo y allí nos acurrucamos todos, sin quedar apenas trecho que no estuviese ocupado.

Antes de hacerse el silencio, los dos cazadores serranos refirieron los incidentes de su azarosa vida y de las fatigas que pasaban para perseguir y dar muerte á las cabras montesas.

Dijéronnos que quizás las veríamos de madrugada si pasaban por un enorme desfiladero, que hasta para ellos era inaccesible, que se encontraba enfrente y á gran distancia de la cabaña.

Así fué, en efecto; cuando el día empezaba á clarear nos pusimos al acecho del sitio señalado, y como fantásticas sombras vimos trepar y dar enormes saltos á dos hermosos ma-

chos que desaparecieron de nuestra vista, sin darnos tiempo para contemplarlos, con la rapidez de una cinta de cinematógrafo.

Con esta impresión emprendimos el viaje de regreso, mustios y cabizbajos, sin haber podido disparar ni un solo tiro, y jurando no volver á emprender otra expedición sin tomar antes informes verídicos que no nos expusieran á semejantes fracasos.

Por mi parte no cumplí este juramento, pues más de una vez he sufrido decepciones análogas; *y lo que te rondaré, morena*, pues cada día siento mayores entusiasmos de cazador.

Sirvan, no obstante, mis relatos de aviso á los demás, si quieren evitarse tales engaños.

ERRE

GAZANDO AVEFRÍAS

Una tarde del mes de Diciembre encontrábame esperando á un amigo en el apeadero de *Las Zorreras* en compañía de la señora María, una viejecita servicial y de ameno trato, conocida por centenares de cazadores. Su pequeña caseta constituía la sala de espera ó refugio de los émulos de San Eustaquio que se dirigían ó regresaban de los montes, vedados de caza próximos, *Las Zorreras*, *El Ciervo*, *Navaquejido*, *Las Radas*, *Las Ras*, *Vina del Canónigo* y otros muchos.

Sentado en la puerta de dicha caseta, en uno de los bancos de piedra que allí había, contemplaba el paisaje, panorama grato, envuelto en saludable ambiente.

Mi vista se fijó en el revolotear de un bando de *avefrías* que se *dieron* en un prado no muy lejos de donde me encontraba, y sentí deseos de armar mi escopeta é ir en busca de las moñudas aves.

Mis precauciones fueron inútiles, pues aún á buena distancia de ellas, levantaron el vuelo, y con su apagado y triste plar, según se alejaban del alcance de mi escopeta, parecía que me enviaban burlona despedida.

Al regresar de nuevo á la caseta, me encontré con un lugareño, pariente de la María, que observó mi evolución en busca de las desconfiadas aves, y me dijo que en días claros como el que hacía era difícil tirarlas, y de realizarlo tendría que efectuarse á grandes distancias, ofreciéndose á poner en práctica el engaño del pañuelo, con cuyo ardid podría disparar con más facilidad sobre ellas.

Aunque soy contrario á todo lo que sea engaño ó medio *chuchero* de practicar la caza, francamente, me entró curiosidad por conocer un procedimiento hasta entonces ignorado por mí, y nos dirigimos al prado de donde se levantaron las *avefrías*, posándose algunas de ellas sobre una tierra colindante al referido prado; el lugareño me pidió mi pañuelo por ser blanco, y atándole un largo braman-te, lo enganchó en un espino y desde fuera de la cerca de piedra, agazapado, tiraba suavemente de la cuerda haciendo mover el pañuelo, y pronto acudieron dos *avefrías*; hice fuego, quedándome con una, y continué sin moverme según me indicó mi compañero.

A los pocos momentos acudió otra *avefría*, costándole la vida, y así, sucesivamente, llegué á matar tres.

Me refirió el campesino que, cuando era muchacho, *pescaba las avefrías*; é interrogándole me explicó el medio de que se valía para efectuarlo, que era: colocar al extremo de un hilo, fuerte y encerado, un pequeño anzuelo, y éste cubierto con un trozo de lombriz de tierra; el cebo quedaba sobre el suelo y él se ocultaba convenientemente, teniendo sujeto en una de sus manos el otro extremo del hilo; cuando acudían las codiciadas aves y se ingerían el anzuelo, tiraba del hilo y el anzuelo quedaba clavado en el buche del ave.

En los días de niebla se las tira con facilidad, y en las grandes nevadas se aproximan á cortas distancias del cazador, volando y haciendo evoluciones entre los copos de la nieve.

Regresando hace años de La Marañosa (término de Morata, provincia de Madrid), una tarde en que caía una copiosa nevada, y acompañado de mi inolvidable amigo D. Antonio Zambrana (q. e. p. d.), al atravesar la ancha vega en dirección á la *barca* que nos había de transportar al otro lado del río Jarama, y al ver las *avefrías* revolotear á nuestro alrededor confundidas entre los copos, eché pie á tierra y disparando contra ellas cobré ocho ó diez, y por temor á que nos faltase tiempo para llegar á la estación del ferrocarril continuamos el camino, que de haber seguido disparando, hubiese muerto una buena cantidad de esas bonitas aves.

Es ave de paso é insectívora; su entrada la hacen en la primera quincena del mes de Noviembre, y si el invierno viene adelantado, se las suele ver en la segunda de Octubre.

J. MORALES DE PERALTA



JUNTO Á LA HOGUERA

VENGANZA GITANA

I

Pepe Juan era el gitano más gitano y mejor plantado que andaba por esos caminos de Dios.

Era de la tribu de Ramón el *Aguileño* y ninguno en ella sabía vender una bestia más cara, ni remozar un burro con más gracia, por viejo que fuera, ni hacer una comprita en condiciones, como él. Cuando la pícara carpanta conseguía llegar hasta su gente, ninguno como Pepe Juan sabía buscar en el instante lo necesario para el sustento de todos, aunque sus ingeniosos procedimientos no estuvieran muy en consonancia con las leyes y la moral.

Pepe Juan era joven, alto, guapo, moreno; era un hermoso ejemplar humano de esas mezclas de razas orientales con la raza árabe, y había tenido la suerte de sacar en su tipo y en su sangre lo mejor de las dos ramas orígenes: era, en suma, un hermoso ejemplar de su raza. En sus manos hablaba la guitarra con notas dulces de amor y cuando la abigarrada caravana iba de pueblo en pueblo cruzando España, la voz vibrante de Pepe Juan entonaba canciones andaluzas con acento melodioso y

coplas sentidas que de su cálida imaginación brotaban fecundas.

Había en la tribu una moza, bonita como una onza de oro, que había puesto en Pepe Juan todo su gitano sentir y que se extasiaba escuchando las coplas del mozo impregnadas de dulzura y de pasión. Se llamaba *Malena* y era hija de señá Pepa la *Presumía* y no se sabe de qué gitano muerto ó vivo.

Ya la vieja había notado la afición de Malena por Pepe Juan, y á todo trance quería evitar que el mozo se contagiara, porque había soñado en más alto porvenir para su hija, á la que pensaba casar *aristocráticamente* con el *Aguileño*, jefe de la tribu.

Hablado lo tenía con él, y mostrábase orgulloso y satisfecho de la mocita primorosa que habría de ser la reina de los gitanos; pero no pensó nunca que sobre su autoridad, á la que Malena se resignaba malamente, había ese algo más fuerte que llevan los corazones jóvenes, que lucha con todo y contra todo, y todo lo vence, cuando el propósito es firme y decidido.

Una mañanita de verano, atravesaba la tribu del *Aguileño* la provincia de Córdoba. Pepe Juan, cabalgando en la yegüecilla torda que por aquella vez había caído bajo sus piernas, se había adelantado al resto de la caravana, y canturreando entre dientes, marchaba al paso por entre una alameda á orillas del Guadalquivir.

De pronto cesó de cantar y paró la yegua.

Detrás de un matorral que acababa de dejar á su espalda oyó el paso menudo de un borriquillo, y poco después la voz suave de Malena que le llamaba.

—Pepe Juan.

—¿Eres tú, Malena?

—Sí, hombre. Soy yo. No corras tanto y iré á tu verita, que tengo que esirte una cosa.

—¡Qué vi á corré, yevando á mi vera la niña más cañi de Andalusial

—¿Paqué me dises cosas que no son tu sentir?

—¿No han de se mi sentir, Malenica?

—Pos nunca me lo has dicho, Pepe Juan, y cuidiao que yo te he querío bien siempre.

—Nunca te dije naa, porque sé lo del Aguilero y hay que respetarlo porque tú lo quieres y ér manda en toos nosotros.

—De eso quiero hab'arte. Yo no quiero á Ramón.

—¿Que no le quiere? ¿Entonse por qué t'has avenio?

—Por eso que tú dise. Por respeto; pero ayer m'ha dicho que hay que casarno y... yo no quiero casarme con el Aguilero, Pepe Juan.

—Mira, Malenica: yo no he querío nunca buscá una savorisión entre nuestra gente, porque yo chanelaba que tú estaba por él; pero yo te he querío siempre á ti, gitana é mi arma. Si yo sé que esos ojo...

—Estos ojos han erramao lágrima mu amarga porque pensé que los tuyo se miraban en otro espejo y porque escuchaba tus coplas sentías y no eran pa mí y he penao una como un tajo, sin pensá que er Aguilero quedría haserme suya un día ú otro. Pero ya que ha yegao ese día, no he podio cayar más, Pepe Juan, no he podio, y he venio á desirte que te quiero y á pedirte un poquito cariño por caría.

—¿Per caría, chavala? ¡Pero si too mi cariño es pa til Si dede ahora mismito eres mía pa siempre! ¿Quire tú, gitana mía?

—¡Sí, mi Pepe Juan!

Y se buscaron las manos y se encontraron los brazos, y el gitano, alzando suavemente á Malena del borriquillo que montaba, la acomodó al lado suyo en el aparejo de la yegua torda, que relinchó contenta, como agradeciendo el dulce peso con que aumentaban su carga.

Un momento después la feliz pareja proseguía su camino entre los álamos de la ribera. La carita preciosa de Malena sonreía feliz contemplando á su Pepe Juan. De tiempo en tiempo se oía entre el ruido de pasos de la yegua el chasquido de un beso y los pájaros entre las ramas contribuían, al oirlo, á aque-

lla fiesta de amor, dando al aire trinos suaves de guzla con acentos de oro.

Otros pasos precipitados de caballo que galopa sonaron á su espalda y un momento después la presencia del Aguilero interrumpía el idilio. Había encontrado el borriquillo de Malena sin jinete y corría desesperado en busca de la gitana, sospechando quizá lo que acababa de ver.

—¿Á onde vas tú con esa mujer, Pepe Juan?

—Á onde vamo toos. ¿No lo ves?

—Eya tiene bestia donde ir.

—Pero quiere ir conmigo... y conmigo viene.

—¡Es que yo no quiero, y esa mujer es mía!

—¿Tuya? ¿No ves que la tengo yo y no se esaparta pa buscarte? Malena es mía, Aguilero.

—Pos así no te la yevas, ¿sabes tú? Hay que ganarla.

—Ahora mismo.

Y los dos gitanos echaron pie á tierra sin hacer caso de los esfuerzos inútiles de Malena por impedir el lance.

Brillaron los cuchillos y empezó aquel duelo terrible sin más testigo que una mujer que ya no lloraba; seguía en silencio los ataques de los contendientes, anhelosa, intranquila, temiendo por la vida de su Pepe Juan.

Las miradas de los gitanos se cruzaban feroces; giraba el uno en torno del otro, y de tiempo en tiempo un salto de tigre de uno de ellos era un ataque formidable de que el otro se defendía con rápido movimiento.

Por fin, Pepe Juan, replegando el cuerpo como un gato, miró á su contrincante más feroz que nunca, y saltando sobre él con rapidez indescriptible, clavó el cuchillo en el costado.

Vaciló un instante el Aguilero, y cayó al fin; después, revolcándose en su propia sangre, dijo con voz entrecortada:

—Me la ganaste... Pepe Juan... Yévatela y hazla dichosa... La he querío... mucho... mucho...

Y cayó desmayado.

Montó Pepe Juan á caballo y con él Malena. Estrecháronse en un abrazo nervioso, apasionado, de fieras triunfantes, y partieron á galope de aquel sitio, buscando refugio para sus amores lejos de la tribu y escondrijo para el crimen de Pepe Juan.

Media hora más tarde, al pasar la caravana, recogió al Aguilero mal herido; pero los viejos aseguraron que no lo estaba de muerte, y los gitanos saben de eso.

Pasaron días y más días, y nadie supo que el Aguilero estaba herido. Un gitano viejo le curaba, y los demás de la tribu guardaban el secreto... *pa no tené que molestar á los civiles*. Además, el herido mejoraba rápidamente.

Pepe Juan y Malena, desde el sitio del fatal encuentro, habíanse desviado del camino de todos, y jinetes en la yegua torda se habían internado sierra adentro y, acampados hoy ó caminando mañana, entregábanse al desbordamiento de su pasión; y era su cámara nupcial una casa ruínosa en las afueras de una aldea ó un lugar resguardado del relente nocturno, por jarales y madroños, en la abrupta Sierra Morena.

Malena era feliz. Había entregado con delicia á Pepe Juan aquel su tesoro de amor, que con virtud salvaje había sabido defender contra todos en su vida nómada con la tribu. Ni ella ni su hombre temían á nada ni á nadie. Suponían muerto al Aguilero, y sabían que la tribu guardaría el secreto del crimen por miedo á que la justicia, y sobre todo los *civiles*, terror de los gitanos, se mezclaran en sus asuntos.

Sólo el hambre y la miseria empezaron á turbar la dicha naciente de aquella amorosa fusión bautizada con sangre.

La yegua torda, después de un atracón de hierba mojada de rocío, había muerto, y con ella había perdido Pepe Juan su único elemento de negocio. Ya no podía hacer cambio de bestias, ni mucho menos compra ó venta, puesto que no tenía dinero.

Malamente acallaban el hambre de sus estómagos con mezquino alimento adquirido á cambio de las pocas monedas que Malena sacaba á los crédulos diciéndole la buenvventura.

Así no podían seguir; Malena se lo había dicho al gitano. Había que resolverse á hacer algo... algo... todo lo que fuera necesario para vivir, todo... menos separarse de su Pepe Juan.

En esta incertidumbre, rendidos de fatiga y de hambre, llegaron una mañana á un gran pueblo. Una vez en él, separáronse Malena y Pepe Juan. Aquella, con una sonrisa amarga puesta en los labios, iba de puerta en puerta, de corrillo en corrillo, prometiendo adivinar á mocitos y mocitas el risueño porvenir que les aguardaba, en tanto que el gitano se acercaba á las casas de mejor aspecto y pedía trabajo. Desesperado había corrido todo el pueblo sin conseguir que nadie le encargara un mal canasto, y, ya cerca del mediodía, encon-

tróse delante de una casa con jardín. Llamó á la campana que había en la verja, y un caballero joven y elegante salió á su encuentro.

—Dió le dé muchísima zalú ar zeñorito. ¿Quiere zu mercé que le haga un par de canasto de colá que le duren ziete año caa uno?

—No hacen falta.

—¿Y una sesta pa di á la compra que va á murtiplicá las cosa como lo pane y lo pese de su Divina Majestá? ¿Se la hago?

—No, hombre, no. ¡Que no hace falta!

—Déme su mersé trabajo, por su salú. Que me s'ha adelanta la cuaresma y yevo quince día d'ayuno con astinensia... de too.

—¿Gitano... y pides trabajo?

—Sí, señó. Que yo no quiero naa de naide si no lo gano con er suó de mis deos.

—¿Eres prestidigitador?

—No, señó. Que hago los canasto más finos que han tejió manos de gitano.

—Pues trabajo vas á tené y no de canastos.

—De lo que su mersé quiera... si yo sé ha-serlo.

—¿Tú eres capaz de sujetarte en un destino que yo te dé?

—Sí señó; pero es er caso que conmigo...

—¡Ah, vamos! Traes á alguien.

—Ya ve su mersé. ¡Cosa de la via! Tengo una mosita...

—Entonces no hemos dicho nada. Yo te yevo á un monte mío de guarda. Dos pesetas diarias, casa, ropa, leña y caza la que necesites para comé; pero has de vivir tú solo. No quiero allí mujeres, y menos gitanas. Allí no van más mujeres que las de mi familia ó mis criadas.

Dudó un momento Pepe Juan, luchando entre aceptar el brillante porvenir que se le presentaba ó seguir pasando hambre con la abnegada Malena que adoraba en él. La miseria es mala consejera; pero además, preciso es confesarlo: Pepe Juan era egoísta, muy egoísta, y esta mala pasión se sobrepuso en su alma á todo otro sentimiento.

—Está convenio, señorito. Yo voy de guarda á donde su mersé me mande.

Y se quedó en la casa, y se fué al monte sin despedirse siquiera de la pobre Malena, que le buscó en vano por el pueblo y partió al fin para otra aldea, sola y llorando el infame proceder de aquel hombre, á quien había entregado dichosa su cuerpo y su alma.

Preguntando aquí y allá, supo la hermosa gitana por dónde andaba la tribu del Aguilero y logró alcanzarla.

Ramón había curado de su herida del cuerpo y sufría cruelmente de otra herida en el

corazón que la fuga de Malena le había dejado. Así, cuando á su llegada sólo esperaba vergüenza y castigo por su proceder, encontró solo amor y perdón en aquel hombre de alma grande que la quería bien y por primera vez cayó en sus brazos sin repulsión, atraída por aquel arranque sublime que la humillaba y la descubría un horizonte nuevo de grandeza de sentimientos que no había comprendido jamás. Desde entonces fué por su gusto la querida del Aguilero y todo lo que antes había sido amor para Pepe Juan, fué tornándose en recuerdo odioso, del que anhelaba tomar venganza terrible, venganza gitana.

III

La cacería había estado espléndida: buen tiempo, mucha caza, buena suerte... todo cuanto el dueño del Encinar podía apetecer para sí y sus invitados. Todos estaban contentos. El nuevo guarda, Pepe Juan el gitano, había cumplido tan fielmente con su deber, que el monte estaba como nunca se había conocido. Ya lo dijo él cuando el señorito le daba instrucciones al encargarse de la finca.

—Descudie er zeñorito, que mientras yo zea guarda, no entra en er monte ni el aire, sin premiso de su mersé.

Después del primer día de ojeo, ojeadores, monteros y tiradores volvían contentos á casa del guarda, donde mocitas galanas, avisadas de los cortijos cercanos, habían preparado para los cazadores cena sabrosa y camas mullidas.

Todos los elogios de aquel día habían sido para Pepe Juan, á quien agasajaban contentos los expedicionarios. Preparada la mesa, hicieronle el honor de sentarle á su lado y todos se disputaban su chispeante conversación. El gitano estaba contento y hablaba por todos, haciendo alarde de gracia y arrancando alegres carcajadas con sus chascarrillos de bohemios y cazadores.

Ya la cena había terminado. El vino había hecho de las suyas y todos cantaban y reían en la amplia sala, cocina y comedor de una pieza, que alumbraba sobriamente un velón de cuatro mecheros. Cuando la alegría llegaba á su colmo, dos fuertes golpes en la puerta hicieron callar un momento á los circunstantes.

—¿Quién va?—gritó Pepe Juan.

Y una voz de mujer contestó desde fuera con voz melosa y acento gitano:

—Abran los señores casadore y den alguna

cosita á unos probes gitano que se mueren de carpanta por esos camino.

El guarda palideció, pero nada dijo.

—¡Que entren! ¡Que entren las gitanas!—gritaron todos.

Y se abrió la puerta, y apareció en ella nada menos que Malena con otra gitana de la tribu del Aguilero. Bien pronto la mirada centelleante de Malena chocó con la de Pepe Juan, y en los ojos de la gitana brilló un fulgor extraño que se extinguió al momento.

—Dios guarde á los señore casadore. ¿Quiere que les diga la buenaventura?

—¡Al gitano! ¡Que se la diga al gitano!—contestó el señorito.

—¡Eso! ¡Que se la diga al guarda!—gritaron los demás.

—¿Por qué no? Al guarda se la diré—dijo Malena sin inmutarse.—¿Quiere que te la diga, buen moso?

—Buena ventura ha de ser, viniendo de tu boca.

—Mejor la habrás oído en tu vida, pero no tan verdadera como la que vas á oirme. Dame la mano, moreno, que te voy á desí tu pasao y tu porvení.

Pepe Juan, disimulando su emoción con falsa sonrisa, alargó la mano, que tembló al contacto de la de la gitana.

—En er nombre de Dió sea, y que las rayas de tu mano asierten en lo güeno y se equivoquen en lo malo que tu suerte te guarde. Ere guapo y juncá y tiene sangre d'orientte y por eso una gitana puso en ti lo má cumplío de su queré, que tú la pagaste con engaño, traisión y abandono. La raya der való me dise que tu mano clavó un puñá en er pecho d'un hombre á quien diste por muerto; pero sanó de tu daño y vive pa tu esgrasia, porque sueña con vengarse. La mujer que te quiso le quiere á él y le ayuda en la venganza. Tiene casi borrrá la raya de la vía, lo que pinta que vas á viví poco. Esta rayita en cru que hay á la vera e la muñeca me dise que morirás ahorcao como cumple á tus aísione... y na güeno se va má en la parma e tu mano, que si males te dije, tu sino habló, y la gitana no ha hecho má que leerlo.

Pepe Juan, pálido como un muerto, retiró la mano, y los cazadores prorrumpieron en estrepitosas carcajadas.

Malena, sin inmutarse, dijo la buenaventura á dos ó tres cazadores, la cobró á buen precio y salió de la casa con su acompañante y sonriendo á todos.

Aplacóse poco á poco la alegría y el sueño se fué apoderando de las cabezas.

—¡A la cama, señores, que hay que madrugar!—dijo el dueño, y todos se retiraron ansiosos de dormir.

Sólo Pepe Juan, según su costumbre, cogió el sombrero y la escopeta y salió á dar vuelta al monte.

Muy cerca de las tres de la mañana, los perros que dormían en la cocina, junto á las cenizas del hogar, ladraron furiosos, poniendo en alarma á los cazadores que dormían y que salieron á indagar la causa de aquellos lamentos.

Quando apenas habían llegado á la cocina, llamaron á la puerta violentamente.

—¿Quién es?—preguntó el dueño malhumorado.



—¡Sargan ostés, señores! ¡Sargan en seguía! ¡Semo dos jarrieros que habemo encontrao en er camino grande que crusa er monte un hombre ajorcao de una ensina!

Salieron todos precipitadamente y, en el sitio indicado, hallaron, pendiente de un árbol, el cadáver de Pepe Juan, con la faz contraída por una agonía horrible. Por el suelo yacían la manta del guarda, la escopeta con la caja rota en dos y un cuchillo que nadie reconoció como del gitano.

Malena y el Aguilero habían realizado su venganza.

GUILLERMO J. ATHY

(Prohibida la reproducción.)

DE PESCA

Algunos procedimientos empleados para la pesca de la sardina, merluza, pulpo, jurel, faneca, pancho, centolla, etc., etc.

Un nuestro amigo y compañero que reside en Vigo nos envía desde allí algunos apuntes sobre la forma de realizar en aquellas rías y costas la pesca de las especies indicadas.

La sardina.—Para esta clase de pesca emplean unos aparejos conocidos con el nombre de piezas de *jeito*. Cada barca ó lancha, con cinco ó seis personas de tripulación, y según su tamaño, lleva igual número de aparejos, que miden por pieza 50 ó 60 varas, por unas 8 de ancho ó sea de altura, después de tendidas en la mar.

Se colocan en hilera, quedando suspendidos por el peso de unos plomos colgados en la parte inferior y de corchos en la superior.

Llevan además unas cuerdas, conocidas con el nombre de *sineiras*, á las cuales van sujetos mazos de corcho llamados *bourelles*, para sostener el peso del pescado á medida que cae en la red ó sea dentro de la malla.

Se tienden dichos aparejos de sol á sol, en el punto de la ría que se considera más conveniente, preparándolos á la altura más ó menos baja, según en la que se encuentra la sardina, que es la única que se coge.

Se emplean redes de distintas clases de malla, en relación con la época, aprisionando la sardina que sea proporcional á la malla, pues la más pequeña pasa por ella y escapa.

La sardina así cogida queda sujeta por la cabeza.

El término de la faena consiste en desmallar, ó sea recoger los aparejos ó ir quitando de las mallas la sardina cogida.

Por el procedimiento descrito no se obtienen grandes cantidades de pesca; pero su calidad es de la mejor y por lo mismo se vende más cara.

La trainera.—Este procedimiento de pesca ha sustituido al anterior por su mayor rendimiento, debido á que se emplean mallas muy pequeñas y cogen sardinas de todos tamaños, por lo cual se les obliga á efectuar su trabajo fuera de tres millas de la costa.

Las embarcaciones ó traineras miden de 30 á 40 cuartas de quilla y llevan por término medio de 24 á 30 hombres cada una, no pudiendo trabajar con menos personal.

El aparejo es de grandes dimensiones, de 120 á 140 varas, en forma de saco.

Estas embarcaciones tienen necesidad de buscar el pescado, tirando *raba* al mar para engaño de la sardina. Cuando la divisan arrojan al agua salvado, para que la sardina no vea el aparejo; cierran éste con gran rapidez por medio de unas anillas dispuestas al efecto, y el pescado queda prisionero.

Según Real orden de 23 de Abril último, estos aparejos no pueden trabajar más que de salida á puesta del sol.

Las embarcaciones á que nos referimos han sido también sustituidas en gran parte por las de vapor, conocidas por motoras, que pescan en igual forma y con análogos aparejos, pero que ofrecen, entre otras ventajas, las de que pueden trabajar de noche, aunque sólo al oscuro y sin raba ni salvado, siendo suficientes para realizar la faena 10 ó 12 hombres.

También se coge la sardina en algunos sitios señalados por las autoridades de Marina, que son conocidos con el nombre de *postas*.

Al aparejo usado para estos casos se llama *arte*. Se empieza á *redar* desde un punto de tierra hasta 400 ó más varas, dándole vuelta hasta formar un cerco.

Siempre desde tierra se hace el tiro al azar, coja ó no, y estas operaciones se denominan *lances*. Ocurre á veces que, mezclados con la sardina, salen pulpos, calamares y algunos otros peces raros.

La merluza.—Se pesca á cuatro ó cinco leguas de distancia, empleando dos vapores llamados parejas, que llevan 15 ó 20 hombres cada uno ó invierten en la faena unas veinticuatro horas.

Los aparejos son de hilo muy grueso y se sacan de la mar por medio de grúas sujetas á los vapores.

El pulpo.—Se pesca de día y con anzuelos, en cualquier punto de la ría, con preferencia en donde haya piedras, entre las cuales hace su cama dicho animal. Sirven de cebo ó *encamada* los cangrejos.

Los panchos, también conocidos por *buracas*, y la *faneca* se pescan con anzuelos de menor tamaño que el empleado para el pulpo, encarnándolos con trocitos de sardina.

Para las *vieiras* y otros crustáceos se emplean unos rastros de armazón de hierro con dientes de madera y una especie de aparejo con cordeles muy gruesos.

Para el *jurel* pequeño se usan unos aparejos de poco tamaño, conocidos por *medios mundos*.

Su forma es la de un cubo. Se fondean en la mar con reclamo de sardina ú otro engaño, y

cuando está dentro el pescado se suben á la embarcación para recojerlo y repetir la faena.

El jurel grande se pesca en mares de altura, con embarcación de vapor ó *motora*, ofreciendo esta pesca graves riesgos.

Y por último, las centollas, nécoras y toda esta clase de mariscos se cogen en las ensenadas, con unos aparejos que se llaman *ganapanes*.



Sacristán irrespetuoso ó una liebre inoportuna

¡Cuántos sacrificios impone el cumplimiento de un deber, y tantos más si éste es sagrado, si tiene carácter religioso!

Buenaventura Rinconete ejercía el cargo de sacristán en la parroquia de cierto lugar castellano, cuyos vecinos, á excepción del zapatero, el veterinario y el alguacil del Ayuntamiento, todos los demás eran fervorosos cristianos.

Por tanto, la parroquia de aquel lugarejo contaba con gran número de feligreses que abandonaban de buen grado las faenas del campo para asistir á cuantas fiestas religiosas se celebraban, fueran ó no de precepto.

Buenaventura era un gran entusiasta por la caza; sentía por ella una verdadera pasión, y cuando sus obligaciones parroquiales se lo permitían, requería su escopeta, daba suelta á un perro de raza indefinida, pero buen cazador, y se lanzaba por las fértiles campiñas de aquel pintoresco lugar, en persecución de liebres y perdices.

Todas las mañanas, después de la misa del alba, nuestro hombre salía á cazar, y regresaba á la parroquia con una ó dos perdices, amén de alguna *rabona*, que por descuido se pusieron á los alcances de su mortífera escopeta.

La caza de la liebre le seducía; ejercía en él un influjo irresistible, y cuando conseguía dar muerte á alguno de estos solitarios roedores, entraba en el pueblo orgulloso y satisfecho, mostrando su víctima á parientes, amigos y deudos, á quienes refería después con minuciosidad de detalles los lances de la excursión.

Bien ganada tenía su fama de tirador y cazador el sacristán de aquel pueblo castellano; como que no había por aquellos contornos, ni á cien leguas á la redonda, quien pudiera competir con él.

Fuera de estas nobles expansiones cinegéticas, Rinconete era fiel cumplidor de su deber, y en funciones de sacristán era hombre serio y muy posesionado de su sagrado cargo. Con sotana y roquete tenía un aspecto venerable, hasta el extremo que muchas beatas parroquianas decían que sus grandes protestas de santidad le llevarían al cielo por derecho propio, y no se equivocaban, pues aparte de tener un carácter impulsivo, debido á una afección nerviosa que padecía, era un santo.

Su impulsión era momentánea, pasajera y sólo se le manifestaba cuando sufría una fuerte contrariedad; pero sabía después reprimirse y recobrar su aspecto de mansedumbre, y surgía el arrepentimiento...

Sobrevino un invierno frío y seco que hizo difíciles las operaciones del campo, y la miseria cundió entre aquellos humildes labradores.

Llegó la primavera y el cielo se mantenía limpio de nube; la cosecha se perdía si un cambio atmosférico no convertía en lluvia bienhechora la desesperante tranquilidad del ambiente.

Hubo junta de labradores para tomar medidas y remediar de algún modo la sequía de los campos, y convinieron por unanimidad impetrar el auxilio del Altísimo en solemne y respetuosa rogativa.

El cura y Rinconete fueron los encargados de organizar aquel acto religioso, que debía celebrarse el próximo día festivo para darle una mayor brillantez.

Por entonces el sacristán salía de mañana en persecución de una hermosa liebre que merodeaba las afueras del pueblo, sobre la que no consiguió disparar la escopeta, pues siempre le encontraba desprevenido, y cuando se daba cuenta de la arrancada, ya se encontraba fuera del radio de tiro; tal era la celeridad con que salía de su escondrijo.

Por fin llegó el día en que debía llevarse á cabo el acto religioso, y Rinconete, apenas alboró la mañana, salió en persecución de la astuta liebre, y no bien había traspuesto la última casa del pueblo, saltó la *rabona* por entre unos barbechos, pero su perseguidor aún no había cargado la escopeta, y la vió marchar veloz como el rayo y trasponer una loma.

Rinconete apretó los puños y rojo de ira salió en su busca por prados y rastros, sin poder dar con ella.

Algo distanciado del pueblo, oyó el apagado y seco sonar de las campanas de su parroquia, como si le llamasen á cumplir sus deberes religiosos, y reprimiendo su enojo, colgó sobre el hombro la escopeta y buscando el camino más corto, regresó al lugar y entró en la sacristía, donde le esperaban impacientes las autoridades locales.

Se despojó de sus pertrechos de caza, vistió la negra sotana y el almidonado roquete, requirió la manga ó pendón de la parroquia y pensativo y resignado se puso al frente de la comitiva.

La procesión se dirigió hacia la carretera para tomar un camino transversal, á cuyo



término se levantaba una pequeña ermita de blancos muros, construída en una extensa pradera.

Rinconete iba delante sosteniendo el sagrado emblema á que antes hicimos mención y caminaba con la vista baja y como preocupado, hasta el extremo de que dejaba de entonar los cánticos religiosos que el sacerdote y cuantas personas le seguían dedicaban á la divinidad en acción petitoria.

Aquella ermita estaba destinada al culto de la patrona del pueblo, por la que sentían grande veneración los lugareños, y en aquella sagrada mansión elevarían sus preces y rezos, y una vez terminados regresarían al lugar en la misma forma para continuarlos en la parroquia.

Tanta fe tenían en el acto que realizaban, que no faltó quien viera aparecer por el lejano horizonte algunas nubes y brumas que

más tarde encapotasen el cielo y vertiesen sobre el sediento terreno el líquido vivificador de los famosos cereales castellanos de aquella comarca.

La comitiva caminaba con lentitud y se detenía de vez en cuando para que el sacerdote cumpliera su sagrado ministerio y echase las correspondientes bendiciones.

Poca distancia faltaba para llegar á la ermita.

De pronto, al borde del camino y detrás de una aliaga saltó rápida la liebre, y ante la presencia de tanta gente, sin saber qué rumbo tomar, se dirigió veloz hacia Rinconete



para buscar la huída por entre sus pies, y éste, al verla, olvidando el sitio, la ocasión y sus sagrados deberes, ciego de ira exclamó:

—¡Infame, ya eres mía!

Elevó el pendón con ambas manos y lo lanzó sacrilegamente sobre la liebre, que, respuesta del susto, dando dos ó tres brincos, se tendió en vertiginosa carrera.

El sacristán se dió cuenta del irrespetuoso acto que acababa de realizar ante el asombro de cuantos allí estaban congregados é hincó las rodillas en tierra y elevando los brazos al cielo murmuró entre sollozos y lágrimas:

—¡Perdón, Dios mío, que no pude dominar mis instintos cinegéticos!

M. MORALES



Consultorio jurídico de "Caza y Pesca,"

Consulta.

D. M. L.—Hace á esta revista ocho consultas que se refieren á si pueden ó no comprenderse bajo una sola linde varios terrenos y acotarlos colocando hitos que comprendan á todos, requisitos que se necesitan para nombrar un guarda jurado, y si se puede sacar á subasta parte de la caza de un monte del Estado.

Resolución.

Las seis primeras preguntas, que hacen referencia á las condiciones que se requieren para acotar terrenos, las encontrará el consultante contestadas en el artículo 7.º del Reglamento para la ejecución de la ley de Caza y en la ley de Acotamientos. Los requisitos necesarios para el nombramiento de un guarda jurado para vedado de caza se encuentran contenidos en los artículos 55 y 56 del Reglamento para la ejecución de la ley de Caza. Si se trata de un guarda particular jurado, los requisitos son diferentes. Por último, puede sacarse á subasta la caza de todo ó parte de un monte del Estado.



NOTICIAS

Legislación de caza, pesca y uso de armas. Obra editada por el capitán de la Guardia civil D. Agustín Álvarez Navarro. La más completa y útil de cuantas sobre estos asuntos se han publicado. Precio 1,50 pesetas.

De venta en la Administración de esta revista.



CAZADEROS

Los señores propietarios y arrendatarios de montes que quieran arrendar pronto sus terrenos de caza ó expender con rapidez las acciones de vedados, deben anunciar en esta sección.

El precio por línea é inserción es de 75 céntimos.



Se arrienda la pesca de la «laguna del Tarray», 200 hectáreas de superficie, á cinco kilómetros de la estación de Quero (líneas de Andalucía y Valencia). Para más detalles diríjanse al señor Marqués de Gallegos, Toledo.

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Número 17.

Impresiones de un extranjero: Las comodidades en los ferrocarriles, por *Mario Guemells*.
Donación al Museo de Ciencias Naturales.
Nueva Sociedad de alpinismo.
D. Joaquín Sempere, por *Erre*.
Una reclamación.
Junto á la hoguera: En la cruz del mentidero, por *Guillermo J. Athy*.
Preceptos que no se cumplen.
El Dr. Ledesma, por *La Redacción*.
Hay opiniones, por *J. M. de P.*
Segundo concurso de pesca con caña.
Un buen servicio.
Una espera en las avanzadas, por *M. Morales*.
Una sorpresa.
Un viaje de exploración. K. Ch. T. se va.
Cazaderos.
Foot-ball.
Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.
Noticias.

Número 18.

Una excursión á la Sierra, por *Juan Morales*.
Un cazador atropellado, por *José Torrecilla*.
El concurso de pesca.
D. Manuel de Igual y Gómez, por *M. M.*
Recuerdos de antaño, por *C. Tejado*.
Una consulta.
Las licencias administrativas de pesca.
Crónicas de caza, por *Erre*.
A caza de zorros, por *J. M. de P.*
La chocha (su caza), por *J. N. y R.*
Hojeando pergaminos: Abderrahman I como cazador, por *Ruy Lope*.
Un viaje de exploración, por *K. Ch. T.*
Para las autoridades.
En defensa de la pesca con caña, por *K. Re T.*
Un buen doblete: Dos ejemplares curiosos.
Nuestro retraso.
Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.
Noticias.
Cazaderos.

Número 19.

La caza y los cazadores, por *C. Tejado*.
Una idea patriótica.
Una desgracia.
D. Bruno Espejel y Arroba.
Incidente dramático en una cacería: El Duque de Westminster salva de la muerte á un cazador.
La veda de los pájaros.
Crónicas de caza, por *Erre*.
Crónicas de pesca, por *K. Ch. T.*
Nuestro concurso de tiro.
Junto á la hoguera: Besos y fechas, por *Guillermo J. Athy*.
Gredos: Tormes, por *Juan F. de Bona*.
El lobo de la majada, por *J. Morales de Peralta*.
Cazaderos.
Foot-ball (Campeonato de España).
Noticias.

Número 20.

Algunas observaciones sobre los perros de caza, por *Erre*.
Veda de la pesca fluvial.
Nuevo colaborador.
El arbitrio de pesas y medidas.
D. Lucilo Ramírez Conde.
En busca de cazadero ó un guarda filósofo, por *Manuel de Igual*.
Crónizas de caza, por *Ese*.
Crónicas de pesca, por *K. Ch. T.*
La Junta directiva de la Asociación.
Hojeando pergaminos: Variedades, por *Ruy Lope*.
Caza de aves acuáticas, por *J. N. y R.*
Un folleto.
Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.
Noticias.
Cazaderos.
Foot-ball.

Número 21.

Nobles propósitos, por *Amós Fuentes Calderón*.
Un línee, por *J. Morales de Peralta*.
D. Antonio Candela y Díaz.
Monte de caza.
Crónicas de caza, por *Erre*.
Un viaje de exploración.
Recuerdos de una montería (histórico), por *Manuel de Igual*.
Una excursión cinegética al vedado, por *Lucilo Ramírez*.
Ley, reglamento y disposiciones vigentes sobre pesca fluvial.
Noticias.
Cazaderos.
Foot-ball.

Número 22.

Asociación General de Cazadores y Pescadores de España.
Infracciones de la ley de Caza.
D. Alberto Medina Hechevarría.
Para las autoridades.
Recuerdos de una montería, por *Manuel de Igual*.
Tiro de pichón.
Una visita al Presidente de la Asociación.
Sobre la ley de Caza: Debe y puede aclararse, por *J. N. R.*
A defenderse, cazadores, por *C. Tejado*.
Hojeando pergaminos: Variedades, por *Ruy Lope*.
Foot-ball.
Necrología.
Noticias.
Cazaderos.

Número 23.

De pesca.
D. Carlos Padrós (Presidente de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España).
La dirección literaria de nuestra revista.
El peso de las escopetas, por *A. Ortiz de Pinedo*.
Sociedad venatoria de León.
D. Alfredo-Angel de Herreros y Avellán.
A caza de un tejón, por *J. M. de P.*
Para las autoridades.
Hojeando pergaminos: ¿Serán realizables?, por *Ruy Lope*.
Nuestro campo de tiro.
Junto á la hoguera: ¡Non es caro!, por *Guillermo J. Athy*.
Curiosidades: Pielas caras, por *Balbuena Barrientos*.
Una notable conferencia.
Para evitar infracciones.
Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.
Noticias.
Cazaderos.

Número 24.

Privilegio mal empleado, por *Antonio Briones*.
La escopeta «Hammerless», por *A. Ortiz de Pinedo*.

La Exposición internacional canina.
El exterminio de los pájaros.
Modestia aparte, gratitud primero.
Un libro interesante.
Crónicas de pesca, por *K. Re. T.*
Gato montés, por *J. M. de P.*
Para las autoridades: Quejas y denuncias.
Una sentencia justa.
Impresiones del campo.
Crónicas de caza: El sueño de un cazador, por *C. Tejado*.
Un viaje de exploración, por *K. Ch. T.*
Una notable conferencia.
Sensible desgracia.
Ascenso merecido.
Foot-ball, por *Turista*.
Noticias.
Cazaderos.

Número 25.

Los nidos, por *B. Balbuena*.
Escuela de tiro con escopeta, por *A. Ortiz de Pinedo*.
Protección á los pájaros.
Nuestra Exposición internacional canina.
¡Cómo se guarda la veda!, por *M. del R.*
Crónicas de caza.
Banquete de cazadores, por *C. Tejado*.
Una tirada de gaviotas, por *M. de P.*
Para las autoridades.
Junto á la hoguera: La caza del conejo, por *Fermín Perostereña*.
Mi perro, por *J. Morales de Peralta*.
Hojeando pergaminos: Curiosidades, por *Ruy Lope*.
Legislación extranjera sobre caza y pesca. (Bélgica).
Ley, reglamento y disposiciones vigentes sobre pesca fluvial.
Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.
Noticias.
Cazaderos.

Número 26.

Interpelación interesante.
Nuevo método de pesca.
D. Eusebio Morecillo.
En la Casa de Campo (tiradas de pichón).
Aclaraciones.
Exportación de caza al extranjero. (Real decreto importante.)
Los perros en la policía.
Los últimos cisnes, por *E. Madrigal*.
El choke-bored en los cañones de escopetas.
Junto á la hoguera: El tiro en el blanco, por *B. Balbuena*.
Una circular interesante.
La balistita y la mullerita.
Notas de caza: La veda, por *Un Escopetero*.
Presión de las pólvoras inglesas.
Legislación extranjera sobre caza y pesca (Escocia, Bélgica).
Ley, reglamento y disposiciones vigentes sobre caza y pesca.
Noticias.
Cazaderos.

Número 27.

Locura general, por *C. Tejado*.
Para las autoridades.
D. Vicente de Gregorio, por *J. M. de P.*
Males que hay que corregir.
Historia de la caza, por *E. Sánchez Vera*.
Hojeando pergaminos: La caza de cetrería, por *J. N. R.*
¡Aquella codorniz!, por *Emilio Morales de Acevedo*.
Mientras llega Agosto, por *J. Morales de Peralta*.
El pointer inglés, por *Luis A. de Sancho*.
Triunfo merecido.
Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.
Noticias.
Cazaderos.

Número 28.

Exposición internacional canina celebrada por la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España.
Proyecto de bases, por *Erre*.
Catálogo de la Exposición internacional canina.
Jurado de la Exposición.
Algunos ejemplares.
Lista de los premios concedidos.
Las características de los perros braceros-franceses.
Seamos imparciales, por *J. Morales de Peralta*.
Por la raza canina, por *José Guevara*.
Contestación del presidente de la Sociedad La Cazadora Alavesa, por *P. Herrero*.
Tiro de pichón en Lugo, por *El Corresponsal*.
Curiosidades.
Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.
Noticias.
Cazaderos.

Número 29.

Cazadores cigarras, por *C. Tejado*.
D. Juan Eiriz López.
Algo de caza, por *L. Martín*.
Por los perros.
Tiro de pichón (en Madrid), por *Erre*.
En Reus.
Las palomas domésticas (denunciadas como piezas de caza en tiempo de veda).
De interés para los cazadores.
Dos vividores.
Proyecto de ley.
Las infracciones de la ley de pesca fluvial.
Necrología.
Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.
Ley, reglamento y disposiciones vigentes sobre pesca fluvial.
Noticias.
Cazaderos.

Número 30.

El levantamiento de la veda, por *Incógnito*.
El robo de los perros de caza, por *Erre*.
El servicio de tranvías, por *Tomás Crespo*.
De interés para los cazadores (Palencia).
Crónicas de caza, por *Un Compañero*.
Una fiesta útil y simpática.

Junto á la hoguera: La base, por *Samuel*.
La veda.
VIII Congreso Nacional Agrícola. (En Burgos.)
Necrología.
Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.
Noticias.
Un cazador más.

Número 31.

De interés general.
Ley reformando los artículos 32 y 33 de la de Caza.
La Asamblea general de cazadores y pescadores.
Por la regeneración de nuestra raza, por *M. F.*
Breves consideraciones sobre esta fiesta.
Conspirando contra la ley de Caza, por *Emilio Yllá*.
El Concurso internacional de tiro. Bayona-Biarritz (Francia), por *F. Barto*.
Hogaño, lo mismo que antaño, por *J. Morales de Peralta*.
Las Compañías de ferrocarriles de España y los cazadores.
El servicio de tranvías.
¡A defenderse, madrileños!, por *Un Testigo*.
Necrología.
Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.
Noticias.
Cazaderos.

Número 32.

Lo que puede y debe hacerse, por *Nemrod*.
Concurso internacional de tiro de Bayona-Biarritz (Francia), por *Fernán-Barto*.
La Asamblea general de Cazadores y Pescadores, por *C. Tejado*.
Crónicas de caza: Se acerca el día, por *J. Morales de Peralta*.
Mis dos codornices ó el debut de «Listo», por *Ego*.
Sin Precedentes.
Los premios de la Exposición canina.
Los bandos de la Alcaldía de Madrid, por *Incógnito*.
Lo increíble, por *Un compañero*.
Las palomas campestres (Discusión), por *Baldomero de Goicoechea*.
Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.
Noticias.
Cazaderos.

Número 33.

Del recreo de la caza y sus ventajas, por *C. M.*
Terminada mi campaña, por *C. Tejado*.
Otra interesante adhesión.
Nuestra unión es necesaria, por *L. Martín*.
Por los cazadores, por *E. Yllá*.
La decadencia de la caza, por *J. Morales de Peralta*.
Junto á la hoguera: El buen maestro, por *Luisillo Santorcaz*.
De pesca: ¡Cómo se pierde una riqueza!, por *Sedal*.

Las palomas domésticas. (Discusión), por *Ramiro Molina*.
 Cosas que pasan. El Espinar, por *B. Balbuena*.
 Cosas de Lugo.
 De caza, por *Incógnito*.
 Los monopolios, por *Luis A. de Sancho*.
 Necrología.
 Noticias.
 Cazaderos.

Número 34.

Del recreo de la caza y sus ventajas, por *J. M.*
 La repoblación del Guadarrama, por *B. Balbuena*.
 Crónicas de caza, por *Erre*.
 Cacería regia: En los Picos de Europa.
 Junto a la hoguera: Elisa, por *S. M.*
 Algo más sobre nuestra Asociación, por *J. Morales de Peralta*.
 De interés general.
 Curiosidades.
 De caza: La elección de compañero, por *Un compañero*.
 En bien de todos, por *Luis A. de Sancho*.
 Congreso internacional de turismo: Exposición de alpinismo.
 Noticias (nombramientos y premios).
 Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.
 Cazaderos.

Número 35.

La Asamblea de Cazadores y Pescadores. Otra adhesión, por *Dario Álvarez Limeses*.
 De caza, por *Un Aficionado*.
 Ni olvido, ni demora, por *C. Tejado*.
 De pesca, *Luis Tiestos*.
 Para las Asociaciones de cazadores de España, por *B. Balbuena*.
 Junto a la hoguera: Gato por liebre, por *S. M.*
 Las palomas domésticas y campestres (Discusión), por *Baldomero de Goicoechea y Manglano*.
 La veda en Canarias, por *J. Morales de Peralta*.
 Noticias.
 Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.
 Coplas murcianas, por *Matatías*.
 Guía culinaria de CAZA Y PESCA.
 Cazaderos.
 Ley, reglamento y disposiciones vigentes sobre pesca fluvial.

Número 36.

Riqueza que desaparece, por *E. Yllá*.
 De caza, por *Luis A. de Sancho*.
 Mis proyectos de marcha, por *J. Morales de Peralta*.
 Un poco de broma y una sección de gran utilidad, por *F. Box*.
 Para el pescador de caña, por *Matatías*.
 Junto a la hoguera: D. Cesáreo, por *Rafael Casamitjana*.
 Las palomas domésticas y campestres (Discusión), por *J. Morales de Peralta y R. Molina*.

Aves con aplicación a la caza, por el *Dr. Areny de Plandolit*.
 Algo sobre perros, por *I. F. M.*
 Aventura de caza.
 Tiro de pichón: En Lugo.
 Guía culinaria de CAZA Y PESCA.
 Consultorio de CAZA Y PESCA.
 Noticias.
 Cazaderos.

Número 37.

Del derecho de cazar, por *F. Box*.
 Sin perdices, por *Dario A. Limeses*.
 Llave de la vida, por *Matatías*.
 Pescadores célebres, por *K. Re. T.*
 De interés general: La reforma de la ley de Caza.
 De la Asociación de Cazadores de Tenerife.
 Otro informe.
 De la Asociación de Cazadores y Pescadores de Valladolid.
 Desde Medina de Rioseco, por *Lupicino Jiménez*.
 Una sentencia importante.
 Junto a la hoguera: La malicia campesina ó palos en vez de liebre.
 De pesca.
 A las Cortes: Proyecto de ley.
 Una cacería de neófitos, por *Eduardo Dillon*.
 Necrología.
 Noticias.
 Constitución de una Sociedad de cazadores.
 Legislación de caza, pesca y uso de armas.

Número 38.

El asesinato del Excmo. Sr. D. José Canalejas, por *S. M.*
 La caza de perdiz con reclamo, por *Luis A. de Sancho*.
 D. Dario Álvarez Limeses.
 La reforma de la ley de Caza: Informe por don Joaquín Fernández, Andújar (Jaén).
 Remitido por el Real Centro Filarmónico. El Presidente, D. Eduardo Lucena.
 Informe de D. Antonio Briones García, Quintanilla de Abajo (Valladolid).
 Informe de varios aficionados de Soria. (Casino de Numancia, Soria.)
 De pesca.
 Noticias.
 Las notables cacerías de la Albufera.
 Boda.
 Guía culinaria de CAZA Y PESCA.
 Consultorio de CAZA Y PESCA.
 Cazaderos.
 Ley, reglamento y disposiciones vigentes sobre pesca fluvial.

Número 39.

Modificación de los artículos 58 y 59 del Reglamento de la ley de Caza.
 La caza de perdiz con reclamo, por *Luis A. de Sancho*.
 La Asamblea de Cazadores: Otra importante adhesión.

De pesca.
 Bibliografía.
 Crónicas de caza, por *Erre*.
 La reforma de la ley de Caza.
 Informe de varios cazadores de Burgos.
 Informe de la Sociedad de Cazadores de Lérida.
 Informe del Círculo de Cazadores de San Huberto (Castellón).
 Informe de varios cazadores de Boñar.
 Informe de Lugo, pidiendo la modificación del artículo 17 de la vigente ley de Caza.
 Informe del Comité de caza y pesca de Orense.
 Informe de la Cazadora Alavesa (Vitoria).
 Informe de San Andrés y su radio (Barcelona).
 De pesca fluvial, por *Alvaro Fernández*.
 Noticias.
 Nuevas cacerías en la Albufera.
 Armería que mejora el local.
 Cazaderos.

Número 40.

Artículos de la ley y reglamento de caza, por *El F. Boz*.
 Reforma de la ley de Caza: Informe.
 Informe de D. Luis Ardanas.
 Remitido.
 Una nueva é importante adhesión.
 De caza.
 Junto á la hoguera: La Virgen del Castillo, por *Ego*.
 Recuerdos oportunos, por *C. Tejado*.
 El taller de armero de Juan Alonso, por *A. Ortiz de Pinedo*.
 Qué es y para qué sirve (Sociedad de Valladolid), por *Mateo Rubio Antolín*.
 Noticias.
 Subasta de caza.
 Consultorio de CAZA Y PESCA.
 Guía culinaria de CAZA Y PESCA.
 Cazaderos.

